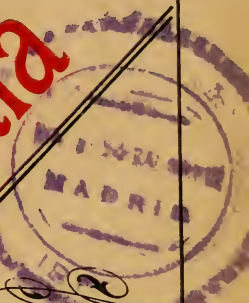


Carlos Arniches

10709



El tío de Alcalá



Maestro Montesinos



EL TÍO DE ALCALÁ

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

CARLOS ARNICHES

EL TÍO DE ALCALÁ

JUGUETE CÓMICO-LÍRICO

escrito expresamente para la

SEÑORITA LOBETO PRADO

MÚSICA DEL

MAESTRO MONTESINOS

Estrenado en el TEATRO ROMEA la noche del 15 de
Abril de 1901

TERCERA EDICIÓN

MADRID

8 VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

—
1906



A Loreto Prado

*la primera actriz cómica del
teatro español contemporáneo,*

Carlos Arniches.

REPARTO



PERSONAJES

ACTORES


MANOLITA.....	SRTA. LORETO PRADO.
LA SEÑÁ TÁRSILA.	SRA. MATILDE GUERRA.
EDUARDO.....	SR. ENRIQUE CHICOTE.
DON DIEGO.....	MANUEL RODRÍGUEZ.
DON SIMON.....	FRANCISCO MOLINERO
PACORRO (niño).....	NIÑA RODRÍGUEZ.



La acción en Madrid.—Época actual



Derecha é izquierda, las del actor



ACTO ÚNICO

Decoración.—Interior de un cuarto modestísimo, de paredes blancas y techo aguardillado. Dos cuadros al cromo representan santos. Varias hojas de periódicos de modas, con figurines pegados en la pared. Al foro, una ventana practicable, que se supone da al tejado. Las puertas de esta ventana se abren hacia adentro. En el suelo y debajo de la ventana, varios tiestos. En la pared del frente y hacia la izquierda de la ventana, una jaula con un canario; en el centro de la ventana habrá un gancho de alambre para colgar la jaula á su tiempo. En el foro derecha habrá una percha de hierro con dos ganchos, y en ella un sombrero pavelo y un garrote, lo más grueso posible. En las laterales derecha, en primer término, un paso á las habitaciones interiores; en segundo término, puerta vidriera practicable (con visillos blancos), que se supone da á una alcoba. En la lateral izquierda, en primer término, otra puerta practicable, que es la entrada del piso: tiene mirilla y cerradura practicables. El cuarto no tendrá más muebles que cuatro sillas (una baja) de anea, una camillita en el centro, vestida, y en el ángulo que forma la habitación, á la izquierda, una máquina de coser, sobre ella un quinqué apagado, con pantalla de cartón, una botella con agua, un vaso, y un frasco pequeño de árnica. A la izquierda, y en el foro un canasto de costura. A la derecha y entre las dos puertas un espejo colgado en la pared. Un palanganero con jarro, un cubo, toalla, jabón, etc. Sobre la camilla un cestito pequeño, que contiene varios carretes de hilos, alfilerero, metro, un trozo de tela blanco, etc. Una chaqueta de señora de las llamadas de saco, en prueba. Un acerico con bastantes alfileres, tijeras, etc. Al empezar la obra son las siete de la mañana. La escena debe estar completamente á oscuras.

ESCENA PRIMERA

LA SEÑÁ TÁRSILA, dentro, y luego MANOLITA. La señá Tarsila llama con los nudillos en la puerta del cuarto

TÁR. ¡Manolita!... Vamos, mujer, que se t'han pegao las sábanas... ¡que son las siete! Arriba...
(Se oye dentro ruido de zorros sacudiendo la escalera. La señá Társila canturrea.) «¡Adónde vas con mantón de Manila? ¿Adónde vas con vestido chiné? A lucirme y á ver la verbena...»
(Con grandes voces y con tono de coraje.) ¡Pero señá Bruna, llame usted á este perro, caray! Anda, Sagasta, anda pa tu casa que lo estás ensuciando tó... ¡rediez!... (Sigue cantando y sacudiendo.) «Y á meterme en la cama otra vez. ¿Y por qué no has venido conmigo... yo que tanto?...» (Se va, oyendo la voz cada vez más lejos, hasta que se pierde)

MAN. (Sale de la alcoba abrochándose la falda con el corsé puesto, pero en mangas de camisa, los brazos al aire, despeñada, como quien acaba de dejar perezosamente el lecho. Bosteza desperezándose. En el vestido, al lado izquierdo, lleva un fraile muy marcado.) ¡Aaaah!... ¡Señores, pero qué requetebién se está en la cama!... Y eso... eso que duermo en una cama pequeñita, (Con picardía.) de un cuerpo, que si yo durmiera en una cama de esas grandes, de matrimonio, vamos, en que puede una dar las vueltas que quiera sin caerse... me tendría que levantar con despertador.. y la metá é los días lo paraba... (Pausa.) Y además, es que... hay noches que sueña una unas cosas tan conmovedoras, que da la mar de rabia despertarse. Esta noche he tenío yo un sueño de esos... ¡Ay!... pero me he despertao á la metá... ¡Y me ha dao un coraje, que he esp'ao por dar media vuelta, subirme el em^lbozo y volverme á dormir, á ver en qué p'rababa aquello! ¡Cuasi ná! Un joven moreno y una barbaridad de simpático que me dijo que sacara los papeles, que se quería casar á

escape... Yo, así de que le oí, quise darme tanta prisa, que de poco me caigo de la cama... y... ¡claro! el susto me despertó... ¡Tendré mala pata!... Si duermo un minuto más, me levanto... ¡recién casá!... ¡Ay, pero está visto: no se puede una casar ni en sueños!... ¿Pero adónde tengo yo el corchete?... (Buscándolo para abrocharse.) Anda, y me he levantao con un fraile... ¡Mal día!... (En este momento se oye á la señá Társila canturrear lejos.) ¡Calle! Debe ser tardísimo. ¡Como que la señá Társila está ya trajinando por la escalera... (Abre la ventana, inundándose de sol la habitación; dentro debe haber una linterna, cuyo rayo enfoque el cesto de la costura.) ¡Anda!... ¡Hasta dónde llega el sol!... Hasta el cesto de la costura. Este parece decirme: «No seas holgazana, que mira el trabajo que tienes.» ¡Ya lo veo, ya! (Dando un puntapié al cesto.) ¡Chis, chis! (Chisca, acariciando el canario.) ¡Chis, rico! ¡No me regañes tú también, hombre, que ya sé que me he dormido!... La noche que te den á tí palabra de casamiento, veremos á qué hora te despiertas, ¡guasón!... ¡A cantar!... (Cuelga la jaula en el marco de la ventana; repara en los tiestos que habrá al lado de la ventana.) Y estas pobrecitas flores, ¡qué mustias!, parece que piden luz. (Coloca los tiestos en el poyete de la ventana.) ¡Holal! (Como saludando y hablando con algún vecino.) ¡Muy buenos días!... Me levanto de dormir, sí señor. ¿Qué? (Riendo.) ¡Ja, ja! ¡Claro que solal... ¡Qué brutal!... Vaya, que usted se alivie. (Se retira de la ventana.) ¡Ay!... (Reparando en sí misma y cubriéndose pudorosamente el escote con las manos.) ¡Calle!... ¡Dios mío, pero cómo estaba yo hablando con ese hombre! ¡Gracias á que es de Orden público y no ve cuasi ná!... (Al pájaro.) ¿Te esponjas, eh? Pues ahora verás tú yo... ¡Al agua!... (Llena la palangana con agua del jarro.) ¡Ay!... (Revolviendo el agua con la mano.) ¡Qué fresquita está! (Chapuzándose la cara.) ¡Aaah! ¡Qué hermosa! La verdad es que me doy unos refregones... Gracias á que tengo un cutis que no pierde. Se parece á los cal-

cetines de caballero: negro inalterable. (se-
cándose con la toalla.) ¡No, pues no destiñol...
Ahora que si yo fuera rica, me gastaría la
renta en perfumería... Me explico que el
ideal de la mujer sea un buen tocador...
pero, sí, sí... Esencia del Lozoya y colorete
de refregón. Vaya, (Dejando la toalla.) nos aca-
baremos la *toilé*. (Mirándose al espejo.) Estoy
por peinarme á lo Merode. (Se parte el pelo con
un batidor.) ¡Calle! (Dejando el peine y mirándose al
espejo con mucha atención.) ¿Qué veo? ¡Dios mío,
una canal! (Sonriendo y con cómica gravedad.) ¡La
primera de la temporá! Dicen que una cana
es un mal pensamiento... (Se la arranca y la
mira.) ¿Pues qué mal pensamiento tuve yo
ayer? (Riéndose con malicia. Pausa.) ¡Ah, sí! .
Que estuve por estrangular al casero. Era
primero de mes... Pues ya sé yo cuántas me
van á salir al año... doce... y una adelantá y
otra en fianza. Esta debe ser la del mes co-
rriente. ¡Que vuele! (La sopla.)

TÁR. (Desde dentro y dando con los nudillos en la puerta.)
Manolita...

MAN. ¿Es usted la señá Társila? (Recogiéndose el pelo.)

TÁR. Abre, mujer.

MAN. Aguarde usted, que estoy despidiendo á la
peinadora. (Se pone una chaqueta.) (Esta tía vie-
ne á que le pruebe la chaqueta... no he vis-
to portera más presumida. (Abre la puerta.)
¡Adelante!

ESCENA II

DICHA y la SEÑÁ TARSILA. Lleva la cabeza envuelta en un pañuelo
de colores, los zorros al hombro y la escoba en la mano

TÁR. Hola, chica; con tu permiso. (Se sienta.)

MAN. ¿Está usted cansá?

TÁR. Te digo, hija, que es una escalerita ésta, que
se estrena un traje para venir á verte, y si
tardas en abrir, te la encuentras á uua pasá
de moda.

MAN. Como que aquí llegan tóos los figurines

atrasaos... y no lo digo por usted... Bien podía usted decirle al casero que bajase los cuartos...

TÁR. Ya se lo dije ayer cuando bajaba de cobrar.

MAN. ¿Y qué dijo?..

TÁR. Que cómo iba á bajar los cuartos si no le habías pagao denguno. La verdad es que seis morosas...

MAN. ¡Ay, es que ayer, señá Társila, me cogió á mí de dinero pero que mú malamente!

TÁR. ¿No hablas cambiao?..

MAN. No, señora; no había cambiao, estaba como el día antes, sin una peseta...

TÁR. ¿A tí sabes quién te cambiaría?... un novio rico.

MAN. ¡Ay, sí, pero tengo miedo!

TÁR. ¿De qué?

MAN. No sea que vaya á cambiar y me den la vuelta en *perros*.

TÁR. Bueno, y mudando de conversación, ¿me has cortao la chaqueta?

MAN. Anoche.

TÁR. ¿De Fígaro?

MAN. Se la he cortao á mi gusto; ya verá usted que bien.

TÁR. ¡Ay, pues lo siento!

MAN. ¿Por qué?

TÁR. ¡Porque tengo una ideal

MAN. ¿Cuál?

TÁR. (Levantándose y con ridícula coquetería.) Pues te lo voy á decir; que estoy por hacerme torera...

MAN. (Pausa.) ¡Señá Társilal... ¡usted de torera?... ¿pero ha pensao usted las consecuencias?

TÁR. ¿Qué consecuencias?

MAN. Pues que iba usted á estar pa que la cogiese un toro.

TÁR. Mujer...

MAN. Además, que á los años de usted ya no se puede ir de torera.

TÁR. ¿Pues de qué se puede ir?..

MAN. De aficioná... ¡tó lo más!..

TÁR. ¡Pero qué exageradora! Cualesquiera que te oyese...

- MAN. Ustedé tié cuerpo de saco...
- TÁR. ¿Cómo de saco?
- MAN. De saco... á la inglesa... holgadito... tal y como yo se lo he cortao á ustedé; vamos á probarlo y verá ustedé canela; quítese ustedé eso...
- TÁR. Venga... (Se quita la chaqueta, queda en cuerpo de camisa.)
- MAN. Metá ustedé. (Le pone la chaqueta hlvanaada.) ¡Ajajá! ni pintada... un talle así es una gloria... pero qué juncal... (Ajustándosela.)
- TÁR. Ya sabes que á mí tó me sienta bien.
- MAN. Ya... ya... tié ustedé un estómago... digo un cuerpo...
- TÁR. Oye tú, ¿no me verán de enfrente? (Asustada y poniéndose las manos en el pecho mira hacia la ventana.)
- MAN. Como no! la vea á usted el pájaro.
- TÁR. ¿Es macho?
- MAN. Sí; pero está en la muda. Venga ustedé que la remeta de los costadillos. (Se agacha y clava y desclava afilleres rectificando los detalles.)
- TÁR. Chica, de aquí (Señalando al pecho.) me tira mucho.
- MAN. Ya, ya... pero es que, hija, tié ustedé un busto, que á ustedé le pasa lo que al tranvía, que no se para ustedé en las curvas.
- TÁR. No me lo recuerdes, chica, que bastante me azara. He oído en este mundo más barbaridades respective al asunto...
- MAN. Lo creo.
- TÁR. ¡Hay cada tío!... Ya ves; ayer mismo tomé un coche para ir á la estación á recibir á mi cuñaó; pues llego y me pide el cochero dos pesetas. ¿Cómo dos pesetas? le dije yo. Sí, señora; una peseta por ustedé y dos reales por cá bulto...
- MAN. ¡Já, já.
- TÁR. Mira, le di una bofetá que le paré el contador...
- MAN. Los hay descaraos. Esto queda al pelo...
- TÁR. Bueno; y digo yo, tú, ¿qué me pondría yo por tóo alrededor que me adornara?
- MAN. ¡Una verjal... Porque hay que ver el *perímetro*.

- TÁR. Vamos, no seas guasona y trae el espejo pa verme por detrás.
- MAN. Mírese usted. Ná, que parece usted un figurín iluminao. (Colocando el espejo para que se vea.)
- TÁR. (Se vuelve de espaldas y se mira, volviéndose la cabeza.) ¡Pero si no me veo! ¡Qué luna tan turbial... Bájalo un poco.
- MAN. Miste que si lo bajo va usted á ver na más la luna llena... llena de usted.
- TÁR. Trae, trae... (Le quita el espejo y le pone en una silla.)
- MAN. Bueno, pues mientras usted se mira, voy á en cender el infiernillo pa calentarme el café, que estoy en ayunas.
- TÁR. Pues, hala, no tardes, que tengo prisa. (Manolita vase primera derecha.)

ESCENA III

SEÑA TÁRSILA Y EDUARDO

- TÁR. (Con coqueteria, y sacando las caderas y ajustándose y mirándose al espejo.) La verdad es que, como talle, no es porque esté yo delante, pero es una calcomanía. Lo que tiene es que no me gusta á mí cimbrearlo como otras. Pero el día que yo me decida y diga ahí va balanceo... Me río yo de una mecedora. (Se contonea.)
- EDUARDO (Entreabriendo la puerta izquierda y asomándose. Esta escena deberá hacerse á media voz.) ¡Ele!
- TÁR. (Asustada.) ¿Quién?
- EDUARDO Soy yo, seña Társila (Sin entrar y asomando la cabeza.)
- TÁR. (Con sorpresa.) ¡Uy, uy! (Con rubor y cubriéndose el escote de la chaqueta.) Pero, ¿es usted?
- EDUARDO Sí, señora; yo, que ya no puedo más...
- TÁR. ¡Ay, pero, por Dios, hijo, qué atrevimiento! No pase usted, que estoy de prueba. ¿No me ve usted?
- EDUARDO Sí, pero es que estoy decidido á las mayores barbaridades...
- TÁR. Además, que pué salir...

- EDUARDO ¿Le ha hablado usted de mí?
- TÁR. Todavía no; pero ande usted á la portería, recondenao, y espéreme usted allí, que me va usted á comprometer.
- EDUARDO ¡Por Dios, señá Társila, dígala usted que sin ella no vivo, que ella es mi dicha, mi anhelo, mi... y si logra usted interesarla, cuente usted con los cuarenta reales...
- TÁR. (Quitándose las manos del pecho y yendo decidida á él.) Oiga usted, ¿pero no habíamos quedao en que cincuenta?
- EDUARDO Habíamos quedao en que cincuenta... en que cincuenta era mucho..
- TÁR. No, pues por menos no lo hago, hay que pelear en gordo... porque usted no sabe quién es la interesada
- EDUARDO ¡Chist! (Llamándola.)
- TÁR. ¿Qué?
- EDUARDO Que la interesada es usted, que no rebaja ni un céntimo... Pero, en fin, si usted logra que me quiera, nada... (Mira rápidamente á la escalera.)
- TÁR. ¿Cómo nada?
- EDUARDO Nada usted en la abundancia... Es que creí que subían.
- TÁR. Vaya, vaya, ande usted, no sea que salga..
- EDUARDO Bueno; pero dígaselo usted todo, ¿eh?... Que estoy en buena posición... que estudio Derecho... que vivo con mi tío... que estoy colocado en Correos...
- TÁR. ¡Váyase usted, hombre! (Intentando cerrar la puerta.)
- EDUARDO Que me llamo Eduardo, y que tengo un... cu...
- TÁR. ¡Arre, hombre! (Cierra la puerta.)
- EDUARDO (Volviendo á abrirla.) Un cuñado que es teniente alcalde... No vaya usted á decirle otra cosa...
- TÁR. Bueno, bueno... Espere usted abajo, que sale. (Cierra la puerta.)

ESCENA IV

DICHA y MANOLITA. Sale por la primera derecha con un tazón de café y medio panecillo

TÁR. Pues ná, chica, yo creo que no se me ven arrugas.

MAN. Las de la cara ná más... (Deja el panecillo y el tazón sobre la mesa.)

TÁR. Me quitaré la chaqueta. (Se la quita.)

MAN. Quítesela usted, que ya lo tengo tóo señalao, y á la noche se la volveré á usted á probar.

TÁR. (Se pone la suya y se dirige con la chaqueta de prueba á la percha, donde están colocados el sombrero y el garrote.) ¿Lo cuelgo aquí?

MAN. (Con viveza é interés.) ¡No; ahí no!

TÁR. Quitaré el sombrero y el garrote.

MAN. No, por Dios... (Deteniéndola.) ¿Qué va usted á hacer?

TÁR. ¿Pero todavía sigues son esas tonterías?

MAN. ¿Tonterías? Deje usted eso donde está. ¡Eso es sagrao! (Cogiéndola de la mano y dando á sus frases una importancia exagerada picarescamente.) ¿Usted sabe lo que son pa mí ese sombrero y ese garrote colgados en esa percha?

TÁR. ¿Qué son?

MAN. Pues lo son tóo, señá Társila. Son mi defensa, mi sombra, mi sosiego... Ellos me acompañan, me protegen, me guardan.

TÁR. Pero, vamos á ver, ¿pa qué tiés colgao eso ahí? Dime la verdad.

MAN. ¿La verdad?... Pues óigala usted; pa usted no tengo secretos. Usted, que tié experiencia, sabe los peligros que amenazan á una mujer que vive sola, que es pobre, joven y...

TÁR. Y con ángel, como nosotras.

MAN. Esos peligros á mí no me han dejao vivir; á esta casa no ha venío hombre, joven ó viejo, que no se me atreviera, y eso que á todo les pongo cara de vinagre.

TÁR. Pero como los hay más frescos que una lechuga, claro, les pones vinagre...

- MAN. Y la toman á usted por una ensalá...
- TÁR. Lo que á mí me pasa.
- MAN. Pues bien, me dije yo: aquí me hace falta la sombra de un hombre pa vivir segura y tranquila. ¿Qué haría yo? pensé. Y en esto vino mi tío Casiano, el que vive en Alcalá, á pasar conmigo las fiestas de San Isidro; se compró el día que se fué un sombrero nuevo, y me dejó aquí ese, ese, que me libró él solo de que se me propasase un granuja que vino á verme, y que se contuvo por miedo á que el amo del sombrero estuviera escondido en alguna habitación... Aquello me dió la idea... colgué el sombrero en esa percha, compré por dos pesetas ese garrote, hecho á la medida, pa completar el espartájaros, y desde entonces, que á todo hombre que pisa esta casa le hago creer que vivo con mi tío y que mi tío está ahí, descansando, echao en la alcoba; y como por el grosor del garrote calculan las visitas que mi tío es un tío con toa la barba, pues desde que se me ocurrió esta estratagema, que estoy más segura que si me hubieran puesto una tapia con vidrios.
- TÁR. (Riéndose.) ¡Eres el demonio!... ¿Sabes que la cosa tié gracia?
- MAN. ¡Ay! De lo que me he convencido es de lo útil que es un hombre, señá Társila.
- TÁR. No lo sabes tú bien, hija. Ya ves, los atrebutos ná más tranquilizan; ¡conque figúrate tú el completo!... Ahora que los encontrarás tan atrevidos, que pa algunos...
- MAN. Voy á tener que poner una bastonería, ya lo sé.
- TÁR. ¿Y sabes tú quién me figuro yo que será de esos?
- MAN. ¿Quién?
- TÁR. El pollito ese de enfrente... ese, ese que te anda ahora...
- MAN. ¡Ah, sí! Ese chico moreno... Eduardo.
- TÁR. ¡Justo! Ahora que ese está loco por tí.
- MAN. No haga usted caso... Yo ni me he fijao.
- TÁR. ¡Embustera!

- MAN. ¡Palabra!
- TÁR. Ese... ese te gusta á tí...
- MAN. No...
- TÁR. No mientas...
- MAN. Digo que no... No es que me disguste... Me se ha arrimao. . me ha dicho tonterías... y yo le he oído como la que oye llover.
- TÁR. Y le gusta mojarse.
- MAN. No tanto...
- TÁR. ¿Y á ese si subiera... le... le darías garrote también?
- MAN. Más que á los otros... porque á los otros cuasi me basto yo sola para echarlos... y para echar á ese... ¡ay! me tendría que ayudar el garrote...
- TÁR. Vamos, dilo claro, que... (Con picardía.)
- MAN. Bueno, pero usted no le deje subir, ¿eh?
- TÁR. Yo no le dejaré; ahora que á lo mejor se distrae una por cincuenta rea... digo, por cincuenta cosas...
- MAN. Y no le diga usted que lo de mi tío es mentira ..
- TÁR. No tengas cuidado. (Aparte.) (En cuanto me dé los cincuenta reales.) ¡No faltaba más! Ahora que un consejo si te voy á dar. A tío el que suba con mal fin, dale garrote; pero si viene uno por lo derecho... cadena perpetua. Es bastante... Hasta luego.
- MAN. ¡Adiós, fiscal!
- TÁR. ¡Adiós, rea! (Recoge la escoba y los zorros.) (Yo, en cuanto me dé la guita, le digo que suba y que no sea primo. (Vase.)

ESCENA V

MANOLITA

Puede que tenga razón. Pero, no. ¡Fuerza de voluntad, Manolita! No quites esto, esto que es pa mí la salvaguardia. Que es pa mí como una reliquia. (Coge el bastón.)

Música

Tú eres quien me ampara,
tú eres quien me auxilia,
tú eres en el mundo
toda mi familia.
Si corre peligro
mi reputación,
sálvame, ¡oh garrote!
de la tentación.

Ven aquí á mis brazos,
dulce compañero;
ven, mi garrotito,
ven, por Dios, aquí;
no te apartes nunca
de mi lado,
tú eres en el mundo
mi mejor guardia civil.
Si algún atrevido
quiere propasarse,
yo supongo, rico,
que me ampararás;
mira que los hombres
todos son muy tunos,
(Recitado.)
¡y qué hatajo de sinvergüenzas!
(Cantado)
y hay que andar con ellos
á patás.

Dime tú, monín,
dime la verdad;
cuando llegue el caso,
¿me defenderás?
Dí qué vas á hacer,
dilo, picarón.
¿Que sí?
¡Pobrecito, pobrecito
garrotito!
¡Uy! (Le besa.).
tú eres mi única ilusión.

Si algún viejo verde
ó un sietemesino,
ó uno de consumos
me hace á mí el amor,
no consientas nunca
que me digan
frases que resulten
ofensivas al pudor.
Y si alguno de ellos,
al verme tan sola,
creyese que puede
abusar de mí,
tú usas de tus fuerzas,
y le das entonces,

(Recitado.)

¡pero sin compasión ningunal

(Cantado.)

un cachiporrazo
en la nariz.
Dime la verdad,
dilo, por favor,
que eres aun más fuerte
que el gobernador.
Dilo, picarón.
¿Me defenderás?
¿Que sí?
¡Pobrecito, pobrecito
garrotito!
¡uy! (Le besa.)
cuántos palos vas á dar.
Yo confío en que
me defenderás.

ESCENA VI

MANOLITA, luego DON SIMÓN por la puerta izquierda

Hablado

MAN. ¡Ay, Dios mío! Pero no sé por qué hoy no estoy tranquila. Me ha dicho la seña Társila que ese Eduardo es muy atrevido, y que quizá suba... ¿Se atreverá? Tengo miedo...

Porque es... que, pensando en él... la verdad... parece que se me achica el sombrero y que adelgaza el garrote... ¿Por qué habrá hombres simpáticos?... ¡Maldita sea!... (Llaman á la puerta.) ¡Ay, llaman!... ¿Será él?... Voy á poner mi tío en su sitio. (Coloca el sombrero y el bastón en la percha.) ¿Se habrá atrevido?... ¿Le abro ú no le abro? No... no debo abrir... aunque después de tóo, si viniera con buena intención... por oírle no se perdía nada... Pero no... y eso que si... Hay que ser enérgica... me alegraría que fuera él, na más que por tener el gusto de echarlo. (Vuelve á llamar.) ¡Debe ser él!... ¡Ay!... ¿Quién?

SIMÓN

Soy yo. (Dentro.)

MAN.

(Con tristeza y desaliento; dejándose caer en una silla.) ¡El casero! Y me pilla como ayer, sin haber cambiao... Le daremos coba. (Alto.) ¿Es usted?...

SIMÓN

(Dentro.) Abre, Manolita. (Manolita abre)

MAN.

Pase usted, don Simón, pase usted y dispense que haiga tardao, pero...

SIMÓN

No hay de qué, hija, ¡no faltaba más! Lo que sí haré, si me permites, es sentarme un poquito, porque esta escalera...

MAN.

Ay, ¿pero se cansa usted?... ¡Parece mentira, un hombre tan ágil! (Se sienta al lado de don simón.)

SIMÓN

No, no es que me canse precisamente, si no que... Bueno, pues yo venía á... (Saca un puñado de recibos.)

MAN.

Y qué, ¿ha visto usted que tiempo tan hermosísimo está haciendo, don Simón?

SIMÓN

¡Ya... ya!... (Hojeando los recibos)

MAN.

Hace lo que se dice calor.

SIMÓN

Pues yo traía...

MAN.

La familia buena, ¿eh?

SIMÓN

Muy buena, gracias; yo he sido el que he estado algo delicaducho, pero... Bueno, pues... (Hojeando recibos.) Segundo, tercero...

MAN.

¡Ay! ¿pero qué ha tenido usted? No, pues no se le conoce á usted ná... Al contrario... Si yo le encuentro á usted tan... tan guapo, tan colorao... Si pa usted no pasan años... Cada día

más joven, más fuerte. No es usted como otros caseros, que se les ve talmente lo que se dice bajar por momentos; usted es al revés: usted cada día subiendo, subiendo...

SIMÓN El recibito... (Entregándosele, después de hallarlo entre los que lleva.)

MAN. Subiendo el recibito. . (Le coge.) Sí... ya, ya... ¡Ay, pero qué pena, don Simón!... ¡Otro mes! ¡Cómo pasa el tiempo! ¡qué barbaridad!... ¿y qué, ha cobrado usted muchos?

SIMÓN Ni uno... he entrado en todos los cuartos... pues mira los bolsillos...

MAN. ¡Ni un cuarto!

SIMÓN Nadie me ha pagado...

MAN. ¡Pero qué poquísima vergüenza! ¡Mira que no pagarle al pobre hombre!... Le digo á usted que hay vecinas que tienen un cuajo... ¿y si es menester le harán á usted volver la mar de veces?...

SIMÓN ¿Que si me hacen volver?... Como que hay recibito de estos que si le dejo en la escalera sube solo...

MAN. Y no cobra.

SIMÓN De seguro.

MAN. No sirve amaestrarlos... Usted para no cansarse debía tener quien le cobrara.

SIMÓN No, lo que yo debía tener es quien me pagara.

MAN. También es verdad. Pues, nada, yo... yo... voy á pagarle á usted en seguida...

SIMÓN Me alegro, porque...

MAN. En seguida que pueda, digo... porque me pilla usted hoy que... ¡ay!... Mejor dicho, que no hay.. Pero vamos... no ponga usted esa cara de enfado... que no me gusta usted serio... riase usted... (Le da con el recibo en la cara.)

SIMÓN Mujer, si te parece que... (Sonriendo.) ¡Que me haces cosquillas! (Da también en la cara á Manolita con los recibos.)

MAN. ¡Así... jovial! .. Dentro de ocho días, viene usted, cobra... y así tengo el gusto de que nos volvamos á ver...

SIMÓN (Le da con el recibo en la cara.) ¡Embustera! ¿Pero tú quieres verme á mí?

- MAN. Por mi salud que sí. (Con zalamería.)
SIMÓN No lo creo, tunantuela. (Le coge la mano.)
MAN. Que no lo cree usted... Como que... (Separándose.) Como que si sigue usted así... subiendo... le voy á usted á echar... á echar de menos...
SIMÓN Vamos á ver... (Se lo digo.) (Acercándose.) Ven acá y no seas arisca... ¿Quieres oirme cuatro palabritas?
MAN. (Acercándose.) Y cuatro mil... Guárdese usted eso... (Metiéndole en el bolsillo el recibo.) Me da á mí más gusto hablar con usted sin recibo...
SIMÓN ¡Zalamera! (Intenta abrazarla.)
MAN. (Retirándose é imponiéndole silencio.) ¡Chist!...
MAN. Aguarde usted, que está ahí mi tío durmiendo y me parece que... (Queda atenta.)
SIMÓN (Toda esta escena á media voz.) ¡Ah! ¿pero está tu tío?
MAN. Sí, señor; ¿no ve usted el sombrero y el bastón? (Se levanta y escucha en la alcoba.)
SIMÓN (Reparando en ellos.) ¡Es verdad!
MAN. (vuelve de puntillas y se sienta.) Pero no tenga usted cuidado; está roncando. Hable usted bajito... ¿Qué quiere usted decirme?
SIMÓN ¿Que qué quiero decirte? ¡Pues que eres una tonta!
MAN. (Con pena.) ¿Sí, verdad?
SIMÓN Y que siendo tan requetebonita, no debías pasar apuros.
MAN. (Con pena.) ¿No, verdad?
SIMÓN Vamos á ver. ¿Te gustaría á tí vivir en el bajo derecha? (Todo esto en voz muy baja.)
MAN. Es muy oscuro.
SIMÓN Te lo amueblaría como un palacio.
MAN. ¿Quién?
SIMÓN Gente de paz.
MAN. No están en casa.
SIMÓN ¿Qué?
MAN. Que vaya un guasón que está usted hecho.
SIMÓN ¡Por mi salud! Y tendrías alhajas, sombreros, trajes... estrenarías un traje cada semana.
MAN. Sí, pero no adelantaría ná.
SIMÓN ¿Por qué?
MAN. Porque siempre podrían decir que iba vestida de viejo.

- SIMÓN ¿Cómo de viejo?... Te llevaría como una reina pa que lucieras ese cuerpo serrano que es la causa de mis fatigas...
- MAN. ¿No lo confundirá usted con el asma?
- SIMÓN Y esos ojos gitanos, y esa boquita dulce... que... (Levantándose.)
- MAN. (Sentándole.) ¡Goloso!
- SIMÓN ¡Ay, rica mial! Me tienes más loco que una espuerta... (La abraza.)
- MAN. (Levantándose asustada.) ¡Chist...! (Queda atenta.)
- SIMÓN ¿Se ha despertao?
- MAN. Creo que sí... (Va á la puerta de puntillas.) (Le doy la lata.) Chist... (Se acerca de puntillas á don Simón.) despierto... y como es tan bruto que... (Señala el garrote.) no quiero que... (Acción de pegar.) Venga usted, no se asome y lo vea...
- SIMÓN Sí, pero... (Levantándose.)
- MAN. ¡Chist.. (Le coge de la mano.) de puntillas! (Al empezar á andar tropieza con una silla y le lleva á la puerta de la alcoba y quedan escuchando.)
- SIMÓN ¡No oigo nada!
- MAN. ¡Chist! (Le entra en la primera derecha.) Aguarde usted aquí. (Vuelve ella á la alcoba, atiende y coge á don Simón de la mano, haciéndole andar de puntillas, y lo sienta en la silla.) Estaba usted en la espuerta, siga usted.
- SIMÓN ¿Pero no ha despertado?
- MAN. Ronca... ¿Qué más?
- SIMÓN Pues, nada, rica; que á tí lo que te conviene... es un hombre como yo... cuando se vaya tu tío... porque tú eres lo que yo he tomado siempre más á gusto... Una Manolita... Un cochecito de verano, como quien dice, fresco, abierto, descaradillo, para pasear por esas calles la alegría y el amor... Y yo sería para tí un simón...
- MAN. Sí, pero es que usted es un simón que ya va de relevo.
- SIMÓN No te negaré que voy ya camino de la cochera; pero aun te llevo donde te dé la gana...
- MAN. No llegaríamos nunca... Además que yo en cuestión de vehículos, ó coche de mi propiedad, ó á pie. No quiero dar tumbos.

- SIMÓN ¡No seas tonta! ¡Hazme caso y ya verás!... ¡preciosa!... ¡gitanaza!... (Vuelve á abrazarla.)
- MAN. ¡Chisl (Separándose.) ¡mi tío! .. (Se acerca á la alcoba y hace signos afirmativos y figura hablar con alguien que hay dentro.) ¿Qué? ¿Quiere usted el desayuno?... Bueno... Voy en seguida.
- SIMÓN ¿Qué, se ha despertado?
- MAN. ¡Chist! sí, bajito.
- SIMÓN Después de todo, ¿qué importa?
- MAN. ¿Ay, no diga usted eso, por Dios? ¡Pues bonito es el hombre!... ¿Ve usted las cuatro bromas que me ha gastao usted?... ¡Pues si las oye, un disgusto horrible!...
- SIMÓN ¿Tiene mal genio?
- MAN. ¡Una fiera! El año pasao, un señor de cierta edad, mi tío les tiene mucha rabia á los viejos, que por cierto era muy simpático, así como usted, pues me estaba gastando una broma, y lo oye él, y va y se levanta, y ve usted ese garrote, pues uno mucho más gordo se lo rompió encima.
- SIMÓN Vaya, pues hasta otro ratito. (Le da la mano.)
- MAN. Pero no tenga usted prisa.
- SIMÓN No, si es que tengo mucho que hacer; ya volveré; ya volveré; ¿y era más gordo que ese?
- MAN. Más...
- SIMÓN ¿Se iría con la cara destrozada?
- MAN. Como que tuve que mandarle las narices con un chico del Continental.
- SIMÓN ¡Qué bestia! (Abre la puerta de la izquierda.) Pues anda, dale el desayuno no se levante, y cuando se vaya, me avisas y...
- MAN. No tenga usted cuidado...
- SIMÓN (Besándola la mano.) ¡Salada!... ¡Rica... ¡Gloria!...
- MAN. ¡Que sale! (Empujándole.)
- SIMÓN ¡Cuerno! (Vase precipitadamente.) ¡Demonio! ¡Horror!
- MAN. (Cerrando de un portazo.) ¡No, no por Dios, tío, no! ¡No le mate usted! (Con voz suplicante fingiendo que contiene á su tío.) ¡No! (Fingiendo ella misma la voz de hombre.) ¡Lo parto! ¡Canalla! ¡Como vuelva á cobrar lo mato! No, no por Dios... no volverá... (Voz de hombre.) ¡So casero! (Durante este

diálogo figurado, Manolita ha cogido la estaca y golpea con ella en la puerta furiosamente; al decir la última frase, queda escuchando.) ¡Anda! (Se oye en la escalera el rodar de una persona.) ¡Se mata! ¡Va como alma que lleva el diablo! ¡Já, já! ¡So viejo verdel! ¡Vuelve por otro!... (Mirando al garrote.) Qué susto le hemos dado, ¿eh? (Poniéndose el sombrero y enarbolando la estaca.) ¿Quién me tose á mí con mi tío? (Haciendo un desplante.) ¡Ele por los tíos simpáticos! (Queda riéndose.)

ESCENA VII

MANOLITA y PACORRO por la izquierda

- PAC. (Asomándose á la puerta.) ¡Manolita!
MAN. Hola, pasa, Pacorro, pasa.
PAC. ¿Qué haces con el tío en la mano?
MAN. Para el casero, ¡por malo!
PAC. Pos mi padre también lo tiene preparado por si va.
MAN. (Deja colgado el bastón y el sombrero en la percha.) Vamos á ver, ¿qué tunarra me quiere á mí? (Abriendo los brazos.)
PAC. ¡Pacorro! (Saltando á ellos y besándola.)
MAN. Parece mentira que estos bichos tan monos, en cuanto les sale el bigote se hagan tan dañinos.
PAC. ¿Me das la galleta de tóos los días?
MAN. No he bajado aún á la tienda. Pero dime una cosa, si no, no te la traigo... ¿con quién te vas á casar tú?
PAC. ¡Contigo!
MAN. ¿Te gusto yo?
PAC. Más que el casero.
MAN. Pues fíjate bien en mi cara. ¿Qué es lo que más te gusta de mí?
PAC. Las galletas.
MAN. Si no digo eso, tonto. Oye bien (estos chicos siempre dicen la verdad), ¿qué soy yo, guapa ó fea?... sin mentiras.
PAC. ¡Fea!
MAN. (Bajándolo.) Anda, anda, anda á tu casa, que

- me estás entreteniendo... Los hay que mienten desde pequeños...
- PAC. ¡No me vov, hala!... No te enfades. Si lo de fea lo he dicho por mi agüela...
- MAN. ¡Pero qué resalao!...
- PAC. ¡Hazme el caballito, anda!...
- MAN. ¿Y dónde quieres que te lleve?
- PAC. Por galletas.

Música

- MAN. (Montando á Pacorro en sus rodillas.)
Arre, caballito,
que vamos á Belén
que mañana es fiesta
y al otro también.
- LOS DOS Arre, caballito,
que vamos á Belén,
que mañana es fiesta
y al otro también.
¡Arre, arre, arrel
- PAC. Lléveme usté al trote.
- LOS DOS ¡Arre, arre, arrel
- PAC. Lléveme al galope,
de prisa, de prisa.
¡Iá, iá, iá!
- MAN. Déjame, chiquillo,
que nc puedo más.
- (Hablado.)
Vamos á ver, muñeco. ¿Tú qué vas á ser?
- PAC. ¿Yo? Monaguillo.
- MAN. ¿Monaguillo?
- (Cantado.)
¿Que monaguillo dices?
¡Qué tonto de chiquillo!
Si no hay peor carrera
que la de monaguillo.
Andar todo el día
con el esquilón,
tilín, tilón,
tilín, tilón,
tratando con viejas
sin educación,

tilín, tilín,
tilín, tilón.

(Hablado.)

PAC. Sí, pero se ganan cuartos.

MAN. Qué se han de ganar, hombre.

(Cantado.)

Será mucho mejor
que seas militar,
y á golpe de tambor
salir á pelear.
Fuego en el enemigo,
carguen de frente,
doble derecha, marchen;
anda, valiente,
á ver si se distingue
tu batallón,
mientras allá á lo lejos
truená el cañón,
pom,
tarará, tarará.

(Hablado.)

PAC. Eso me gusta, eso.

MAN. ¡A defender esa guerrilla! ¡Fuego!

PAC. ¡Pom!

LOS DOS ¡Tarará, tarará!

(Cantado.)

O te pones el traje de luces
y derecho hacia el toro te vas;
quitarse todos,
echarse atrás.

(Hablado.)

PAC. Eso, eso, torero; yo quiero ser torero.

MAN. ¿Qué has de ser tú torero? Si no sabes.

PAC. ¡Anda que no sé, si soy el *Algabeño!*...

MAN. Qué has de ser tú torero: vas á ver lo que es canela.

(Cantado.)

Salé el toro del toril
y le largas un recorte
que le dejás *atontao*.
¡Eh, toro!
y después, con gran valor,
dos verónicas le largas
y te quedás muy parao.

Que en seguida va el bichejo
á buscar los picadores,
y si el toro sale bravo
varas toma sin parar:
cuando ya ha tomado algunas
cambia el tercio el presidente,
y después de banderillas
es la suerte de matar.

(Hablado.)

Coges los trastos y te vas al presidente y le
dices...

PAC.

Anda, si lo sé, verás;
Brindo por usía
por toda la compañía
y que yo mato á ese toro
ó me da una pulmonía.

MAN.

Olé los niños bonitos.

PAC.

Yo soy el toro, verás.

MAN.

Venga.

(Cantado.)

Empiezas, si el toro lo exige,
con uno cambio,
anda,
ten cuidado, chico,
quieto,
que te me has colao.
Le largas un pase de pecho
y otro natural, ¡zás!
y si el toro cuadra
hay que aprovechar,
y en seguida le tumbas de bruces
del primer volapié que le das.
Llévanse al toro
los mulilleros,
el diestro en tanto
coge sombreros,
palmas, tabacos,
¡Olé que sí!
y que viva mil años su madre,
¡arza!
venga de ahí.
Es más divertida
esta profesión
que tratar con viejas
sin educación.

(Hablado.)

¿Quién te quiere á tí, salao? Dilo.

PAC.

Tú.

MAN.

Yo, ¡hay qué rico!

(Cantado.)

¡Qué gran diversión!

Hablado

MAN. ¿De modo que en qué quedamos, que vas á ser, banderillero ó picador?

PAC. Las dos cosas, porque yo seré el *Pulga*.

MAN. ¿Y qué?

PAC. Que dice mi agüela que siendo *Pulga*, puedo poner banderillas por la tarde y picar por la noche.

MAN. No está mal... Pues aguarda, voy á echarme la toquilla pa bajar á la carnicería por unos filetes y te dejaré en tu casa. (Se pone la toquilla.) Anda, vamos...

PAC. ¿Me subirás las galletas?

MAN. Un puñao así.

PAC. ¿Un puñao así? (Juntando las manos.)

MAN. Sí.

PAC. ¡Cá día estás más guapa!

MAN. Pasa, *Pulga*, pasa.

PAC. Vamos á los toros... (Vase terciándose el delantal.)

MAN. ¡Ele, los toreros! (Sale riendo detrás del niño y cierra la puerta.)

ESCENA VIII

DON DIEGO. A poco de salir Manolita aparece por la ventana de la bohardilla la cara azorada y descompuesta de don Diego, que se asoma con terror, recorre con la vista el interior de la habitación, y al ver que no hay nadie, salta dentro. Revela su cara el pánico y la angustia, y su traje sucio y descompuesto el desorden de una fuga precipitada

(Después de saltar, mirando en torno suyo.) ¡Nadie!... ¡Dios mío!... ¿Dónde me habré metido? ¡Cuerno, qué garrote!... (Reparando en él.) ¡Lagarto! ¡Lagarto!.. ¡Vaya un tío el que debe

vivir aquí! Pero, nada, arrostraré lo que sea. Todo, menos dejar la pelleja en el tejado. ¡Ay, si me descuido!... ¡Virgen santa; qué aventura más horrorosa la que acaba de ocurrirme! ¡No lo quiero ni pensar!... Y todo por tener Fe, por tener Fe un marido como el que tiene.. ¡Qué bruto! Pues nada, la cosa ha sido que yo soy casado, la verdad; y tengo mujer... y tengo un sobrino... y tengo una planchadora... ¡pero qué planchadora!... ¡el desmigue! Bonita, no es bonita. Se llama Fe; le falta un poquirritito para fea... ¡pero qué ojos!... dos lámparas de veinticinco... con tulipa. ¿Pues y el resto de la instalación? La mira uno el busto, y arco voltaico... Se sigue en declive, ¡y eche usted bujías! Ahora que al menor contacto arrea unas bofetadas, que tiene unas manos que parecen aisladores... Bueno, pues esta chica hace un mes que me plancha... La ví, me encantó y me insinué... y ella me sonrió; pero como sonrío á todos, no singularmente, como yo quería... Y á todo esto, yo empecé á quitarme una camisa y ponerme otra, para favorecerla en su trabajo y con el fin de que ella se fijara en aquel sacrificio que hacía yo en camisas y me correspondiera de un modo singular... Total, que loco yo y sin poder más, me levanto esta mañana y me voy á su casa decidido á todo... Cuando subía la escalera estuve por volverme, porque, me dije: no sea que me tire una plancha... Y efectivamente, cuando estaba yo más amartelado declarándome en toda regla y diciéndola: «Si tú me quieres, ¿quién más feliz que yo?» «¿Quién? ¡Gente de paz!», dice el marido llamando á la puerta. «¡Mato al que sea!» gritaba... Yo me volví loco... La planchadora empezó á gritar: «¡Me ha comprometido!» Y el otro, que oye las voces, da una patada, abre la puerta, se lanza sobre mí, me tira el almidón y coge una plancha... Yo dije: este tío me va á sacar brillo... Y, con efecto, me rompió el homoplato. Espantado de horror al verle empuñar

una navaja, y mientras Fe le sujetaba, salto por la ventana al tejado, huyo al fin libre de aquel energúmeno, y dando tumbos tropecé con un poste telefónico, me enredo en un hilo, me hago un ovillo, me desenredo, tumbo una chimenea, piso á un gato, veo una ventana abierta... y aquí estoy... Aquí estoy expuesto á otro conflicto mayor ¡Dios mío! Por algo decía yo que me iba á tirar una plancha... ¡Me duele que rabio! (se oyen voces en la escalera.) ¡Cáscaras! ¡Se oyen voces en la escalera! ¡Alguien va á entrar! Yo me oculo aquí, y según quien sea pensaré la forma de presentarme y ofrecer mis disculpas. ¡Dios mío, que no sea el tío del garrote! (Vase segunda derecha. Se oyen más cerca las voces y el ruido de una llave que hace girar la cerradura.)

ESCENA IX

MANOLITA y EDUARDO

- MAN. ¡No, por Dios!... ¡De ninguna manera! ¡Pero qué atrevimiento! ¡Retírese usted he dicho! (Dice todo esto entrando y queriendo cerrar la puerta tras sí, cosa que impide á Eduardo que la sigue.)
- EDUARDO Señorita, por Dios, permita usted un momento dos palabras.
- MAN. ¡He dicho que no, caballero! ¡Basta! (Cierra, haciendo un esfuerzo.)
- EDUARDO (Dentro) ¡Señorita, que me ha cogido usted el chaquet! ¡Que se me ha quedado el faldón sujeto con la puerta!
- MAN. ¡Ay, es verdad!
- EDUARDO ¡Señorita, el faldón! ¡Suélteme usted el faldón!
- MAN. ¡Váyase usted sin él!
- EDUARDO ¡Señorita... que voy á estar muy raro sin el faldón! ¡Abra usted, por Dios!
- MAN. ¡Y no hay más remedio que abrir! Bueno, pero haga usted el favor de marcharse. (Abre.)

- EDUARDO (Aprovechando al ver la puerta abierta.) Pero, señorita, si son dos palabras que...
- MAN. ¡Fuera! (vuelve á cerrar la puerta, cogiéndole la mano á Eduardo al tratar de impedir que cierre.)
- EDUARDO ¡Ay!... ¡La mano!... ¡Los dedos, que me coge usted los dedos!... ¡Ay!...
- MAN. (Abriendo.) Pero, vamos á ver, ¿qué es lo que se propone usted, caballero?

Música

- EDUARDO ¡Ay, ay, ay!
¡Ay, Dios mío, qué horror!
¡Ay, ay, ay!
¡que me voy á morir de dolor!
Pues, ¿qué fué?
- MAN. Mire usted,
EDUARDO que al hacer que estuviera
la puerta abierta,
me he cogido los dedos
contra la puerta.
- MAN. Pues por ser atrevido
me alegro tanto.
- EDUARDO ¿Se alegra usted de verme
bañado en llanto?
Por Dios, Manolita,
¡qué mal corazón!
Si tengo una mano
que da compasión.
- MAN. ¿A ver? ¡Pobrecillo!
¡Dios mío, es verdad,
y le sale sangre,
qué barbaridad!
- EDUARDO ¡Ay, ay, ay!
- MAN. Y le sale sangre,
¡qué barbaridad!
- EDUARDO Mire usted qué tarso
y qué metatarso;
mire usted qué dedo
qué dedo pulgar.
- MAN. No pase usted pena,
con un poco de árnica
lo del metatarso
le voy á curar.

- Le pondré á usted un trapito
muy apretado,
y luego con un hilo
se lo ataré.
- EDUARDO No sé cómo pagarle
tanto cuidado;
¡qué corazón tan bueno
que tiene usted!
- MAN. ¿Ve usted este trapito?
ahora se moja.
- EDUARDO Es usted una individua
de la Cruz Roja.
- MAN. Si le escuece no rabie
cuando lo aplique. (Liándole el trapito.)
- EDUARDO Tenga usted cuidadito
con el meñique.
Mi amor es tan grande
que aquí me ha empujado
para que yo caiga
rendido á sus pies.
Bendiciendo el día
en que yo, encantado,
la admiré en la calle
por primera vez.
- MAN. No me hable de amores
que no he de creerle;
y puesto que al cabo
ya curado está,
abra usted esa puerta,
márchese y olvide
á esta pobre hermana
de la caridad.
- EDUARDO ¡Ay, ay, ay! por Dios, Manolita;
tenga compasión. ¡Ay, ay, ay!
- MAN. Váyase.
- EDUARDO No puedo, ¡ay, ay, ay!
Por favor.
- MAN. Este hombre es un *peje*
de marca mayor.
- EDUARDO ¡Ay, ay, ay!
Ya no voy á poder
ni tocar el tambor.
- MAN. De marca mayor.

Hablado

- MAN. Pero, ¿no quiere usted irse?
EDUARDO No, señora.
MAN. ¡Qué poca vergüenza!
EDUARDO Manolita, fíjese usted. (Poniéndole el dedo índice ante los ojos.)
MAN. ¿Qué es?
EDUARDO El tarso este que también le tengo resentido... Mire usted, no puedo hacer así. (Mueve el dedo índice estirándole y encogiéndole.)
MAN. Yo no encuentro más daño.
EDUARDO Busque usted por el índice.
MAN. Si éste no ha sufrido.
EDUARDO No. Pero el índice le dirá á usted que aquí está el daño mayor. (Señalando al corazón.)
MAN. Eso por la homeopatía.
EDUARDO Manolita, amor mío, permítame usted que la exprese... (Intentando abrazarla.)
MAN. Caballero, basta de atrevimientos, y no olvide usted que no estoy sola.... ¿eh?
EDUARDO ¿Cómo que no?
MAN. Mi tío, que ha venido de Alcalá, está ahí dentro y vela por mí.
EDUARDO (Me ha dicho la portera que no crea lo del tío.) ¿Y qué?
MAN. Que si le oye á usted y se levanta y sale... Fíjese usted. (Señalando á la estaca.)
EDUARDO No me asusta. Digale usted á su tío que con uno como ese me limpio yo los dientes todos los días.
MAN. ¡No tiene miedo! ¡Me he perdido!
EDUARDO Cómo he de tener miedo, si yo, Manolita, sólo en usted, pienso, por usted vivo, por usted tengo sed de amor, sed de esperanzas, sed de caricias, sed...
MAN. ¡Hijo, por Dios, ni que hubiera usted comido bacalao!
EDUARDO Y como usted me diga que sí, el año que viene acabo la carrera, y con la protección de mi tío, con el que vivo, nos casaremos.
MAN. Es una idea.
EDUARDO Además tengo un destino en Correos.

- MAN. ¡Ah! ¿Pero está usted en la Central?
- EDUARDO Sí, señora... en el apartado.. Allí puede usted venir á verme de una á siete... Allí, entre paquetes y pliegos, me paso la vida, pensando que usted es...
- MAN. ¿Qué soy?
- EDUARDO Una carta que envía el amor á este mundo, con el sobre dirigido á mí, y en la que me anuncia la felicidad suprema. Usted trae mi dirección.
- MAN. ¿No estará equivocado el sobre?
- EDUARDO No, Manolita, lo leo claramente en sus ojos. Señor don Eduardo González Macarrón Pez... Y gordo.
- MAN. Pez, 1 bis, segundo derecha interior.
- MAN. Lee usted sin gafas, ¿eh?
- EDUARDO Es que la dirección viene impresa, impresa en mi esperanza, vida mía. (Intenta abrazarla.)
- MAN. ¡Chist! cuidado con el sobre. (Separándole.)
- EDUARDO Manolita, no se pierda usted.
- MAN. No hay cuidado, voy certificada.
- EDUARDO Digo que no se pierda usted horas de amor, que nunca se recuperan; y puesto que viene usted certificada, rompa usted el lacre, el lacre rojo de esos labios monísimos y entéreme yo pronto del contenido de esa epístola cuajada de caricias y promesas que me parece ya leer á través de ese papel fino y transparente.
- MAN. ¿Y si la carta no trajera más que expresiones pera la familia? (Sentándose.)
- EDUARDO ¡No lo creo! Sé lo que dice. (Queda en pie á su lado.)
- MAN. ¡Embustero! ¿A ver?
- EDUARDO Mi adorado Eduardo.
- MAN. ¿No puede ser menos?
- EDUARDO Hemos nacido el uno para el otro... punto...
- MAN. ¿Pero qué punto?
- EDUARDO Juntemos nuestros destinos, colguemos nuestro nido de la rama más firme del árbol del amor y vivamos como dos pajaritos.
- MAN. Punto y coma... Sin caernos del nido, ¿verdad?
- EDUARDO Sin caernos nunca... Y cantando siempre,

- bendigamos á la fortuna que nos une, á la rama que nos sustenta, al cielo que nos alegra. (Manolita, conmovida y suspirando, ha vuelto la cara.) Vuelva usted la carilla...
- MAN. No me da la gana.
- EDUARDO Cantemos al amor y á la juventud el... ¿No se despertará su tío de usted? (Picarescamente.)
- MAN. No, siga usted; le oigo roncar.
- EDUARDO Cantemos al amor y á la juventud el himno de la felicidad con esa música que solo saben las almas enamoradas... Y de usted afectísimo seguro servidor que besa su mano... (Le besa la mano) ¡Cupido!
- MAN. *Postdata.* Pamplinas pa los canarios.
- EDUARDO ¡Por Dios, Manolita, no destruya usted con la prosa!...
- MAN. Basta, Eduardo; no quiero creerle á usted; váyase en paz y deje á esta pobre carta con el sobre en blanco para que Dios le ponga el destino que quiera.
- EDUARDO Yo le juro...
- MAN. Ustedes los hombres, esta clase de correspondencia hoy en día la escriben casi toda en papel comercial; ¿y para usted qué negocio representaría una infeliz como yo?
- EDUARDO Manolita, yo la escribo á usted en papel de barba porque no conozco otro más serio... y pronto ha de convencerse usted de mi amor sin límites... sincero, grande, volcánico... ¡Ah! Permita usted que... (Quiere abrazarla.)
- MAN. ¡Chist!... ¡Que se despierta mi tío!...
- EDUARDO ¿Y á mí qué me importa ese tío?... ¡Gloria de mi alma!...
- MAN. ¡Que es un tigre!...
- EDUARDO ¡Lo desollaré vivo! Permítame usted que la estreche contra mi corazón. (Quiere abrazarla y ella huye.)
- MAN. ¡Santo Dios!... ¡No! ¡Que llamo! (Huyendo)
- EDUARDO (Persiguiéndola.) ¡Mejor!... ¡Un beso... un beso tan solo!...
- MAN. ¡No, váyase usted! (La alcanza Eduardo)
- EDUARDO ¡Vida mía! (Quiere besarla.)
- MAN. (Intentando desasirse.) ¡Ay, no, no por Dios, caballero, no! (Llamando á grandes voces.) ¡Tío! ¡Tío!... ¡Socorro!... ¡Tío!!

ESCENA ULTIMA

DICHOS y DON DIEGO

- DIEGO** (Que sale de la segunda derecha.) ¿Pero qué va á ser esto, hombre? (Una gran pausa, quedando don Diego con los brazos cruzados. Después de ella se dirige á la percha y coge el garrote.)
- MAN.** ¡Ay... ay... ay!... (Al ver salir á don Diego de la alcoba, retrocede espantada.)
- EDUARDO** ¡Santo Dios! (Retrocede también espantado y con cara de terror.)
- DIEGO** ¡Muy bien, muy bien y muy requetebién!
- MAN.** ¡Ay! pe... pe... pero... ¿quién, quién es... quién es usted?
- DIEGO** (A Eduardo.) ¿A usted le parece bonito lo que está usted haciendo con mi sobrina?
- EDUARDO** Pues... pues... es... es...
- MAN.** ¡Ay!... pero, ¿qué tío es éste? ¿pero quién es usted?
- DIEGO** Dígale usted quién soy.
- EDUARDO** Pues... pues es... ¡mi tío!
- MAN.** ¡Cá!...
- DIEGO** ¡Créalo usted, señorita!
- MAN.** No, si no lo dudo... ¡su tío! pero que iba á decir, que ca... caballero, ¿cómo está usted aquí?
- DIEGO** ¿A usted no le hacía falta un tío? ¿No he salido á tiempo?... Pues entonces no se meta usted en más averiguaciones, señorita... Yo he venido aquí por... por esa .. (Señalando maquinalmente á la ventana: los dos miran.) por esa casualidad providencial que á veces guía al hombre... he entrado por la casualidad. (Repite el mismo juego.)
- MAN.** Sí, por la casualidad tiene que haber sido, porque lo demás estaba todo cerrado.
- DIEGO** Perdóneme usted el susto, señorita, pero...
- (La coge de la mano y la baja al proscenio.)
- MAN.** No, si yo es que como llamaba á mi tío y le he visto á usted salir... he dicho: ¡qué plancha!

- DIEGO ¡Se me conoce!... digo... no me hable usted de planchas. De manera que su tío de usted...
- EDUARDO ¡Quiá! El tío de esta señorita es imaginario... aquí no hay más tío que usted; esta señorita no tiene de tío más que ese sombrero y ese garrote.
- MAN. ¿Y quién se lo ha dicho á usted?
- EDUARDO La portera.
- MAN. ¡Me ha vendido! ¡La corto el cuello!
- DIEGO ¡Por Dios, nada de violencias, señorita!
- MAN. No, digo que la corto el cuello dos dedos más ancho. ¡Que se fastidie!... Pues, sí, señor; mi tío es el tío de Alcalá, que ni es tío ni es ná: una especie de espantapájaros. Vivo sola, y necesitaba...
- DIEGO ¡Yal! Pues nada, todo puede arreglarse... Usted necesitaba un tío, ¿no es eso?
- MAN. Sí, señor.
- DIEGO Pues desde hoy tiene usted tío... (Cariñosamente.)
- EDUARDO Y sobrino.
- DIEGO Y cuente usted con mi mujer. Verá usted que tía... verá usted que tía más cariñosa... De manera que yo os protejo, y seréis felices.
- EDUARDO ¿Me quieres?
- MAN. Pues no necesitas tú poco clara la letra para entenderla.
- EDUARDO ¡Vida mía!
- DIEGO Sólo impongo una condición para protegeros...
- LOS DOS ¿Cuál?
- DIEGO He entrado por esa ventana, pero no me preguntéis nunca de dónde venía.
- MAN. Convenido.
- EDUARDO (De casa de la planchadora.) (A Manolita, aparte.)
- MAN. Yo le plancharé á usted las cami... ¡Ay! (Eduardo la tira de la falda.)
- DIEGO ¡Pero tú sabes!
- MAN. No... pero... de algún modo he de corresponder á las bondades de usted...
- DIEGO En fin... efectivamente se trata de una plancha, pero, puesto que el caso ha sido provi-

dencial sea esta mi última y vuestra primera aventura. ¡A ser felices!...

MAN.

(Al público.)

De tío solo tenía
un garrote y un sombrero.
Envidiad la suerte mía,
puesto que termino el día
con un tío verdadero. (Música)

TELÓN

OBRAS DE CARLOS ARNICHES

- | | |
|--------------------------------|----------------------------------|
| <i>Casa editorial.</i> | <i>Los camarones.</i> |
| <i>La verdad desnuda.</i> | <i>La guardia amarilla.</i> |
| <i>Las manías.</i> | <i>El santo de la Isidra.</i> |
| <i>Ortografía.</i> | <i>La fiesta de San Antón.</i> |
| <i>El fuego de San Telmo.</i> | <i>Instantáneas.</i> |
| <i>Panorama nacional.</i> | <i>El último chulo.</i> |
| <i>Sociedad secreta.</i> | <i>La Cara de Dios.</i> |
| <i>Las guardillas.</i> | <i>El escaló.</i> |
| <i>Candidato independiente</i> | <i>María de los Ángeles.</i> |
| <i>La leyenda del monje.</i> | <i>Sandías y melones.</i> |
| <i>Calderón.</i> | <i>El tío de Alcalá.</i> |
| <i>Nuestra Señora.</i> | <i>Dolorettes.</i> |
| <i>¡Victoria!</i> | <i>Los niños llorones.</i> |
| <i>Los aparecidos.</i> | <i>La muerte de Agripina.</i> |
| <i>Los secuestradores.</i> | <i>La divisa.</i> |
| <i>Las campanadas</i> | <i>Gazpacho andaluz.</i> |
| <i>Vía libre.</i> | <i>San Juan de Luz.</i> |
| <i>Los descamisados.</i> | <i>El puñao de rosas.</i> |
| <i>El brazo derecho.</i> | <i>Los granujas.</i> |
| <i>El reclamo.</i> | <i>La canción del naufrago</i> |
| <i>Los Mostenses.</i> | <i>El terrible Pérez.</i> |
| <i>Los Puritanos.</i> | <i>Colorín colorao...</i> |
| <i>El pie izquierdo.</i> | <i>Los chicos de la escuela.</i> |
| <i>Las amapolas.</i> | <i>Los pícaros celos.</i> |
| <i>Tabardillo.</i> | <i>El pobre Valbuena.</i> |
| <i>El cabo primero.</i> | <i>Las estrellas.</i> |
| <i>El otro mundo</i> | <i>Los guapos.</i> |
| <i>El príncipe heredero.</i> | <i>El perro chico.</i> |
| <i>El coche correo.</i> | <i>La reja de la Dolores.</i> |
| <i>Las malas lenguas.</i> | <i>El iluso Cañizares.</i> |
| <i>La banda de trompetas.</i> | <i>El maldito dinero.</i> |
| <i>Los bandidos.</i> | <i>El pollo Tejada.</i> |
| <i>Los conejos.</i> | |

Precio: UNA peseta